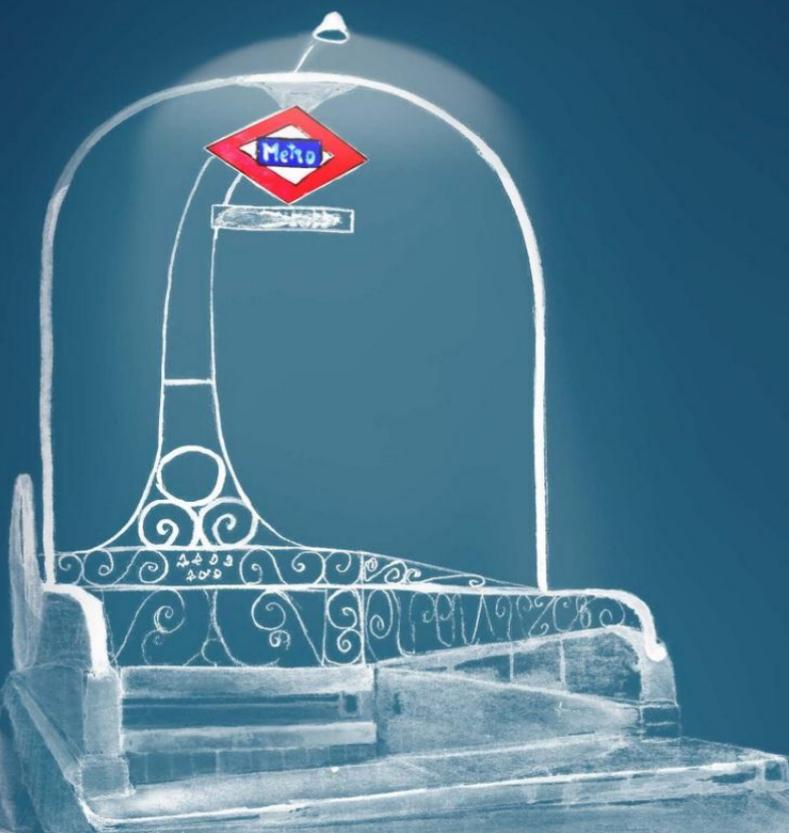


# La madriguera

El metro ya no volverá a ser lo mismo



German Ruiz 



*La madriguera*  
*El metro ya no volverá a ser lo*  
*mismo...*

Germán Ruiz

## ÍNDICE

Prólogo	3
1. Raíz cuadrada de $\sqrt{mi}$	4
2. Salvaje	6
3. Me la juego	10
4. El lobo ha vuelto	11
5. Agua	12
6. La vida es metro	31
7. La llamada	33
8. Las palabras perdidas	37
9. El músico	39
10. Triste estampa de verano	42
11. Metro-star	45
12. La última golondrina	47
13. Vida	62
14. De Madrid al metro	71
15. Espectrómetro	72
16. El violinista de Canal (I)	98
17. Canciones	99
18. Haiku de ti	112
19. Pausa	113
20. Pre-esencia	122
21. Objetos perdidos	123
22. Tetraku	143
23. Sobredosis de realidad	144
24. Lucía	146
25. Miedo	156
26. La estación maldita	158
27. El violinista de Canal (II)	166
28. Un día diferente	167
29. Miradas	169
30. Reina de reinos	171
31. La taza verde	176
32. El último tren	181

## PRÓLOGO

Cuando llegué, Madrid, a ti, sentí la libertad de la grandeza, el frío de las montañas y el calor del asfalto; sentí la alegría del movimiento constante, del bullicio y la música callejera, pero también la soledad de la indiferencia y lo impersonal.

Entonces, me metí en la Madriguera, para ir de un sitio a otro, y allí, bajo las calles y el acero de los altos centinelas, descubrí otro Madrid, palpitante y frenético. Me sobrecogió el trasiego de un auténtico pueblo viviente entre túneles, andenes, escaleras, vagones... y no tuve más remedio que escribir las historias que en este libro se cuentan, que no son más que lo que cada uno quiera creer. Supongo que hay un poco de todos nosotros en cada uno de los relatos y de los versos que, de una forma u otra, también salieron de las personas.

Bienvenidos a la Madriguera...

Germán Ruiz.

## Salvaje

Cansados, los parpados se pliegan a la noche,  
el día ha sido duro y el cuerpo no da para más.  
Pero apenas cuando tú cierras los ojos,  
él dilata sus pupilas al amparo de la luna.

El indio sale de los parques viéndolo todo sin ser visto.  
Es el último salvaje en Madrid y busca sin tregua cada  
madrugada a su compañera perdida en la jungla de  
cemento, hierro y hormigón. Él la encontrará.

Le siguen los gatos callejeros en busca de aventura  
libertad,  
a pocas manzanas vive la lechuza, su inseparable amiga.  
Extiende el brazo desnudo al aire, y llega el ave blanca  
silenciosa  
encarnando con sus garras su antebrazo que no tiembla  
protector.

Salta a la desesperada sobre coches, ramas y tejados,  
saborea el aire entre sus labios, y funde la melena negra y  
emplumada con el gótico paisaje engargolado.  
Sus pies descalzos rastrean los caminos y sondan  
callejones, dominando la tierra y alquitrán, sin dejar más  
huella que la sombra pasajera.

Por delante de su cuerpo, fuerte y atrevido, le domina la  
intuición,  
vuela por Tetuán, del estrecho huye porque enturbian los  
sentidos callejuelas traicioneras, que mejor que él  
conocen los gatos y tejados. El sentido del olfato le lleva  
al metro por la línea uno que recorre a nivel superficial.  
Siempre oculto al turista despistado y a la gente de la  
calle. Se camufla con los coches y acurruca entre sus  
ruedas buscando un respiro a la zancada. Aprovecha el

calor de los motores para bajar las pulsaciones de su pecho descubierto, del que cuelga un amuleto en forma de cruz. Hace tiempo que perdió de vista el tótem y la pipa, pero su arco le acompaña y se tensa en la carrera tras su nuca.

Por los respiraderos palpita la ciudad que sucumbe al hombre blanco para enterrarse a sí mismo y cubrirse de la luz del día y la penumbra de la noche. Todo por ganarle unos minutos al reloj que marca la vida artificial. Pero el indio no entiende de relojes de pulsera ni de móviles que sepultan la mirada. Él mira ardiente al frente. Ha visto un cabello negro atrapado en un haz de luz. Su olfato no le falla y dibuja un mapa tridimensional que le lleva hasta el respiradero de Quevedo.

Metro de Madrid ya ha cerrado sus puertas y por él solo circula la energía que dejaron transeúntes por el día. El indio quiere entrar a toda costa, tensa sus tendones, bíceps y dorsales que arrastran aguerrida la reja de superficie, pesada como la tristeza más profunda. Quiere verla, recogerla y abrazarla. Es su india compañera.

En el fondo del subsuelo, más oscuros que las cuevas donde moran, atrapan los túneles a las almas que tienen miedo, como cientos de agujeros negros sincronizados en el espacio y en el tiempo detenido. Es otro mundo indómito cargado de sensaciones, olores, vida animal, corrientes de aire sumergidas en el espesor de la penumbra donde el color se pierde así mismo antes de estrellarse en las rugosas paredes rasgadas por el ruido infernal del metro cuando pasa, día tras día, día tras día.

Allí está el piel roja, descolgado de un amasijo de cables, como el murciélago le enseñó de chico. Cuelga su melena a cuatro metros del suelo húmedo, se descuelga sigiloso, cae, y atrapan sus pies las presas de hormigón entrevigado. Allí no hay nadie excepto él, y tal vez ella.

Camina por encrucijadas, el instinto no le falla. En una de las diagonales trazadas en su búsqueda agarra el pie desnudo el raíl pulido y siente un cosquilleo que le frena en seco. Algo tiembla a no más de cinco estaciones. Un tren rezagado vuelve a las cocheras fuera de horario. El indio se agacha sigiloso y astuto, pega la oreja al hierro con cuidado. Ahora sabe lo que se le viene encima, el caballo de acero no perdona. Inicia una carrera a la tremenda, corre como nunca lo había hecho en la oscuridad casi total. Su sistema nervioso reacciona a cada paso, acelera las pisadas; los sentidos no dan más de sí, vislumbra con los pies el suelo, tienta con la mano las paredes, dilata sus pupilas y huele a lo lejos el peligro; exhala el aliento que le queda y corre más y más porque ahora sí ve los destellos de los faros tras de sí. Sin tiempo ya para pensar, le recuerda todo esto la caza, pero ahora, el bisonte es él. No tropieza, no descansa, no vacila y corre porque ha visto la muerte y suena agudo el estruendo de la serpiente envenenada. ¡Está tan cerca! Percibe los chispazos eléctricos del cable que no da tregua y alimenta al cazador de hierro. ¡El maquinista ya le ha visto! Una sombra deslumbrada descabalga las traviesas con furia primitiva. Sin saber si es hombre o animal acciona el freno con la cara desencajada y chirría el hierro contra hierro a la vez que el salvaje salta de cara al suelo en medio del carril. Le pasa el metro en la frenada tan cerca que desolla la piel de su espalda y saltan por el aire las plumas de halcón que adornan su cabellera. Detenido el caballo de acero, el indio toma aire, rueda entre sus ruedas y se escabulle por un pasadizo perpendicular sin saber a dónde va. Pronto la carrera se convierte en trote y el trote en paso lento y agudo. Lleva un rato caminando y a escasos metros de un cruce de vías le sacude una visión tan dura como real: acurrucada, inconsciente, en el hueco de un arco de medio punto enladrillado, habita el cuerpo de su

compañera, caída del cielo-suelo, desorientada. La recoge entre sus brazos, la despierta con un beso, apaga su sed con la mirada. Se miran. Sin hablar se escuchan y se entienden. El apego ha podido más que la fatiga, carga en su espalda descarnada el tesoro humano de la vida y busca una salida siguiendo el rastro de las ratas. Dejan atrás los reflejos de linternas que empuñan varios guardias de seguridad encallados en el miedo, buscando a un animal desconocido. Poco a poco se recomponen, los dos pies son ahora cuatro, ella puede caminar con sufrimiento. Todo negro, solo el goteo rompe el silencio en las cuevas del hombre blanco. Curva el aire menos viciado la retina del rastreador, retoman rumbo arriba por un asidero que trepa ascendente al nivel superficial. Al quitar el respiradero afloran dos sombras al duro asfalto de Madrid. La brisa de la noche limpia el sudor frío de sus rostros, seca la grasa negra de sus manos castigadas y les devuelve a la vida. Regresan a su guarida entre los árboles. Últimos vestigios de lo que fuimos, sin ser vistos, para no ser encontrados ni buscados. Los pieles rojas de Madrid. Nunca os diré donde están. ¡Buscadlos! y no los hallaréis. Hallaos a vosotros mismos, y, tal vez, ellos os encontrarán.

## Me la juego

Jugársela no es tirarse a las vías a un segundo del metro que viene,

y no entiende de vida.

Tampoco es transgredir la barrera de acceso,

por un euro que hace tiempo perdiste.

No, eso no es.

Jugársela es decir «te quiero», bajo la amenaza del silencio por respuesta.

Jugársela es cruzarse Madrid en cinco líneas de metro y catorce paradas con una rosa roja en la mano,

cuando ella siempre viste de blanco.

Jugársela es no bajarte en tu parada,

a cambio de contemplar, un ratito más, el matiz de una mirada.

Jugársela es perder la vergüenza por ganar una sonrisa.

Me la juego cuando freno en seco a la vuelta de un túnel cualquiera,

me giro lentamente y espero que aparezca tu figura de la nada.

Te la juegas si piensas que la vida es un juego.

Se la juegan los que, pasando del beso, se lanzan al abrazo.

Nos la jugamos si apostamos el uno por el otro, cogidos fuerte de la mano.

Se la juegan ellos que amparan a los desamparados.

Yo me la juego, porque hoy,

sigo creyendo en el amor.